Francisco Filós, Moisés de la Rosa, Manuel Antonio Noriega, Genaro Mendoza, Antonio Papi Aizpuru, José Dolores Bellido, Victoriano Lorenzo, Edmundo Botello y José Sacrovir Mendoza.

En esta pléyade de liberales a carta cabal, la ausencia más notable fue —sin duda— la de don Domingo Díaz. Luego de su entrega al gobernador Albán y su llegada con él a la ciudad de Panamá en diciembre de 1901 —acto que puso punto final a su fracasada campaña—su rastro, en términos documentales, se pierde.

Posiblemente encarcelado por tercera vez cuando se produjo el desembarco de la expedición de Benjamín Herrera tras la consabida redada de liberales; o tal vez alejado de la capital e instalado en insospechados parajes o haciendas esperando que el temporal de las persecuciones amainara. Lo cierto es que en esta etapa de la guerra civil don Domingo no interviene; por lo menos, no en forma notoria o protagónica, pues tampoco sabemos si en libertad continuó en la clandestinidad colaborando con el Partido Liberal. Lo cual no significa que, sea cual fuere el sitio donde estuviese ese larguísimo año, no siguiera de cerca o estuviera pendiente de los dramáticos acontecimientos de la exitosa campaña del general Herrera. Uno de cuales —por pasada rivalidad en carne propia vivida— tuvo que haberle llamado poderosamente la atención.

En el mes de marzo, impulsado por la irrefrenable ambición que lo caracterizaba, el doctor Belisario Porras trató de organizar con algunos oficiales panameños un complot destinado —nada más ni nada menos— a deponer al general Benjamín Herrera de su importante cargo. Idea absurda que, habiendo llegado a conocimiento de Herrera, terminó provocando en éste una airada y violenta reacción en memorable comparecencia del complotado ante el gran jefe. Puesto posteriormente en prisión, Porras logró fugarse, poniendo inmediatamente pies en polvorosa con dirección a Costa Rica.

Acerca de este fracasado intento de rebelión del doctor Porras, un escritor de nuestra época ha planteado hace ya varios años, y repe-

Benjamín Herrera

tido posteriormente en diferentes ocasiones, una peregrina tesis afirmando —irresponsable y audazmente— que tal actitud se debió a la reacción generada por una persecución que el general Herrera ejercía con saña en contra de los istmeños incorporados en su ejército. Tamaño despropósito, lanzado y difundido sin ninguna base documental y sin ninguna prueba, no puede ser más que el fruto de una mente atolondrada o de una senil confusión; o de las dos dolencias al mismo tiempo.

Pero como si esta fantástica tergiversación fuera poca cosa, hay que agregar que el escritor de marras últimamente ha venido asegurando locamente que el desarrollo de la Guerra de los Mil Días en Panamá constituyó... ¡el primer intento de los panameños por independizarse de Colombia!

En suma, dos protuberantes desatinos que —hilando fino— es posible hayan sido elaborados con el inconfesado propósito de tratar de salvar el claroscuro papel de Belisario Porras a lo largo de la guerra civil en Panamá.

•

Separado Porras del ejército de Herrera —y sin que por esa causa ni un solo oficial istmeño hubiera abandonado las armas— la exitosa campaña del astuto y consumado estratega continuó imparable. La que prácticamente cerró con broche de oro al lograr en el famoso sitio de Aguadulce vencer y desbandar un poderoso y veterano ejército de cerca de cinco mil hombres que, como nunca antes, el Gobierno conservador había reunido en el Istmo para oponerse a las fuerzas insurrectas. Triunfo que no pudo coronar con la ocupación, ya sin resistencia alguna que se le opusiera, de las ciudades de Colón y Panamá ante la intervención de los Estados Unidos. Así, insólitamente, pero pensando en el bien de su patria, el ínclito vencedor aceptó firmar un tratado con sus enemigos, suscrito en el acorazado estadounidense *Wisconsin* el 21 de noviembre de 1902.

Al día siguiente, Herrera y Lucas Caballero, su fiel amigo y jefe de Estado Mayor, firmaron la «orden generalísima» mediante la cual ordenaban la desmovilización del ejército revolucionario.

Esa noche de despedidas, recuerdos y abrazos, los licenciados oficiales y soldados istmeños comenzaron a vivir un traumatizante y lento proceso de reintegración a la vida civil, en medio de las heridas espirituales y los sentimientos encontrados que en la mente y en el corazón de los beligerantes de ambas facciones perdurarían por largo tiempo.

Un año más tarde, muchos de ellos —codo a codo con su admirado y respetado correligionario Domingo Díaz e insólitamente unidos a sus tradicionales enemigos— protagonizarían otra memorable página, ésta de patriótica envergadura, que partiría en dos la historia de su entrañable Panamá y que en ese momento nadie, absolutamente nadie, podía imaginar.

IV

Motor popular de la independencia

La sorprendente coalición independentista liberal-conservadora

SE HA DICHO —y es verdad de a puño— que los conservadores, solos, nunca hubieran logrado la movilización y el multitudinario apoyo popular que los liberales aportaron a la proclamación de independencia al atardecer del agitado y confuso martes 3 de noviembre. Y todo se debió a que entre los meses de agosto y septiembre de 1903 la capital departamental fue escenario y testigo de la formación de una insólita y secreta coalición independentista liberal-conservadora, nacida de diferentes motivaciones que —justamente por esos días, extraña y curiosamente— coincidieron para que los tradicionales y enconados enemigos abrazaran el mismo propósito secesionista: los conservadores anhelando fervorosamente la terminación de la obra canalera, que consideraban «de vida o muerte» para el Istmo, y que el rechazo del Tratado Herrán-Hay por parte del Congreso colombiano hacía peligrar; y los liberales, hastiados del maltrato y el autoritarismo colombiano ejercido en el departamento de Panamá.

Numerosos y provenientes de variados sectores sociales fueron los liberales que contribuyeron con decisión a la gesta novembrina: desde encumbrados personajes de intramuros hasta innúmeros, modestos y mestizos habitantes del arrabal. Pero, sin duda, los más relevantes fueron Carlos A. Mendoza, Eusebio A. Morales y Domingo Díaz. Los dos primeros, con su aporte intelectual y notable influencia sobre la colectividad del rojo pabellón; y el último, con su antiguo y campechano prestigio y liderazgo entre el pueblo santanero. Por ello, la junta revolucionaria le encomendó a Mendoza la redacción del acta de independencia; y a Morales, que escribiera el primer manifiesto del Gobierno Provisional. En cambio, la principal misión de don Domingo consistió en organizar la movilización popular, que cumplió exitosa y cabalmente.

Rememorar la febril actividad de Díaz durante esos cruciales y posteriores días al servicio de la causa republicana, es el propósito de las siguientes páginas.

Génesis y preparativos secesionistas

A principios de junio de 1903, el patriarca conservador José Agustín Arango, sospechando que el Tratado Herrán-Hay sería rechazado por el Congreso colombiano, decidió no viajar a Bogotá para ocupar su curul de senador, pues ya estaba convencido de que el Istmo debía independizarse; idea que pronto compartió con su hijo Belisario y su yerno Samuel Lewis.

Y mientras seguía pensando en los pros y los contras de tan arriesgado proyecto, una de sus preocupaciones era la guarnición militar que comandaba en la ciudad el general Esteban Huertas. Sin embargo, en casual encuentro y conversación sobre el porvenir de Panamá, en el caso de que el tratado fuera rechazado, Arango advirtió claramente el disgusto que al general le habían causado los rumores sobre aquella negativa posibilidad y comprendió que llegado el momento, podría contar con él.

El siguiente paso consistió en encomendarle al capitán Beers —alto funcionario del ferrocarril y amigo de su total confianza— que en su próximo viaje a los Estados Unidos se entrevistara con William Nelson Cromwell, abogado de la canalera compañía francesa en aquel país, con el fin de que pulsara en las altas esferas gubernamentales de Washington un posible apoyo, luego de ser proclamada la independencia. Cromwell acogió la idea con entusiasmo, garantizando que obtendría el respaldo del Gobierno de Roosevelt. Con promesa tan halagadora, Beers regresó al Istmo a fines de julio e inmediatamente presentó su informe a Arango.

Durante el curso de la misión Beers, don José Agustín, conversando con su correligionario y amigo, el doctor Manuel Amador Gue-

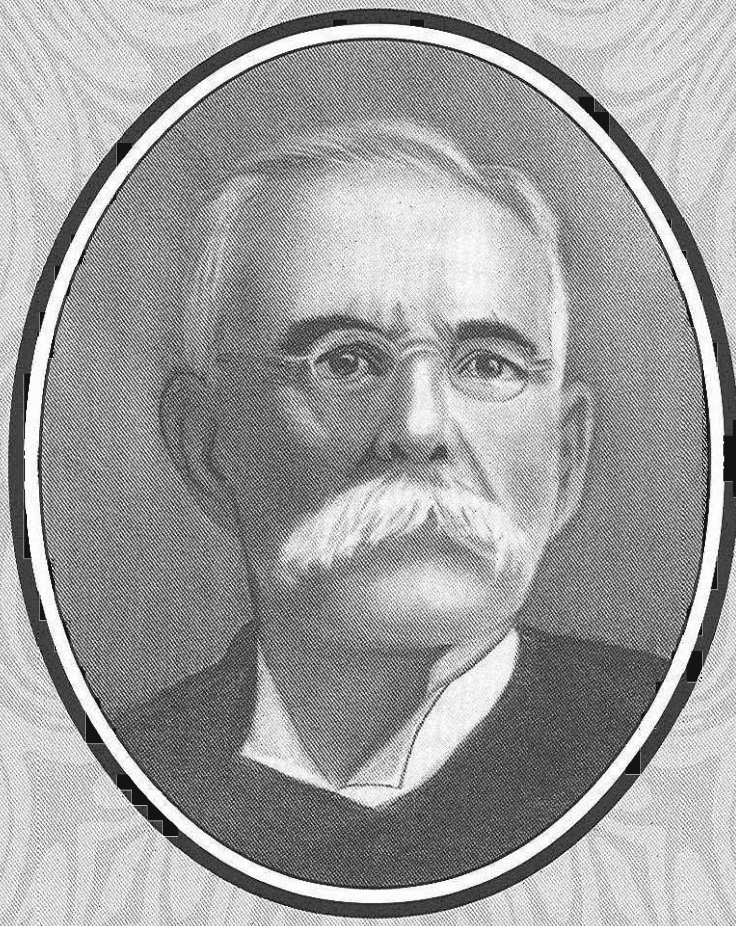
rrero, le confió el secreto de su idea y del plan que había comenzado a desarrollar, y de una vez el bolivarense galeno se sumó a las filas independentistas. Y como al regresar Beers, éste manifestó que Cromwell había sugerido que un representante del movimiento viajara a Estados Unidos, Arango designó para ello a Amador en compañía de Ricardo Arias, quien a última hora no pudo viajar.

Rechazado el Tratado Herrán-Hay por el Senado colombiano, Arango reclutó en su movimiento a Carlos Constantino Arosemena, y con él y Amador comenzaron a reunirse frecuentemente con el objeto de intercambiar ideas.

Por estos mismos días, ya Arango había formado una especie de comité de agitación con sus familiares más allegados —sus hijos Ricardo Manuel, Belisario y José Agustín Arango Ch., y sus yernos Samuel Lewis, Raúl Orillac y Ernesto T. Lefevre—, para fomentar en la población capitalina un espíritu de general descontento. Más tarde, amplió la dirigencia separatista con la incorporación de Nicanor A. de Obarrio, Ricardo Arias, Federico Boyd, Tomás Arias y Manuel Espinosa; y pronto hizo contacto con dos aguerridos jefes liberales, Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, quienes aceptaron colaborar decididamente con el movimiento; aporte fundamental teniendo en cuenta el mayoritario porcentaje liberal de la población panameña.

Amador en Estados Unidos

A fines de agosto Amador partió rumbo a Nueva York. Allí se entrevistó con Cromwell, con quien acordó que juntos viajarían a Washington para tratar de entrevistarse con el secretario de Estado, John Hay. Pero a la hora convenida para iniciar el viaje, Cromwell no apareció. Considerándose burlado o traicionado, Amador envió a Panamá un cable con una única y triste palabra: «Disappointed»; poco después, y luego de algunas gestiones infructuosas, anunció su regreso.



Manuel Amador Guerrero